

Santo patrono de los pescadores

El viejo y desvencijado galpón se ubica en un costado de la caleta, cerca de unas rocas de curiosas formas que los lugareños llaman “La Ventana”. No es más que una precaria construcción conformada por algunos troncos y cortezas obtenidas de algunos árboles cercanos y algunas latas oxidadas por techumbre. Un cartel ubicado en la muralla, junto a lo que alguna vez fue una puerta, escrito con mano temblorosa, da la bienvenida a lo que los lugareños llaman la sede social.

Hasta el galpón llegan, aquel domingo de junio, hombres y mujeres de edad indeterminada, cuya juventud envejecida fue labrada por el paso del tiempo, el viento sur, las vigiliadas en alta mar, los temporales y la angustiante espera del siempre incierto regreso a tierra firme y al hogar. El recinto se llena de rostros curtidos, manos ásperas, gestos adustos y voces roncas. Un estudioso de las conductas sociales que, casualmente, pase por el lugar, podría preguntarse el motivo por el que quienes laboran en el mar suelen tener una voz grave...por ahora no lo sabremos.

-Ganchos, solamente faltan dos semanas para el 29 de junio, como todos sabemos ese día celebramos a San Pedro, el santo patrono de los pescadores, y debemos prepararnos.

La voz de “Juan Treinta y Siete” se escucha potente en el recinto, logrando el silencio y atención deseados. Antiguo pescador, alcalde de playa y uno de los fundadores de la agrupación religiosa, conocida como “chinos”, que representa a la caleta. Es un hombre que goza de gran prestigio en el lugar, aunque nadie pudo, jamás, explicar el origen de su curioso apodo.

El discurso del alcalde de playa vuelve a alzarse, poderoso y convincente.

-Esta fiesta debe ser la mejor. Hay varias hermandades danzantes que se comprometieron a acompañarnos , tenemos que recibirlos como se merecen y como le agrada al santo.

Nadie piensa en restarse a tan importante llamado, la bendición de San Pedro es garantía de buena pesca que asegura el sustento diario, además, en las duras y peligrosas tareas en el mar es la protección a la que encomiendan sus vidas.

-Las comisiones se conforman de inmediato, no hay tiempo que perder. Tenemos que prepararnos, porque la fiesta debe ser memorable, así lo exige el santo para otorgar sus bendiciones y así ha sido desde que los más viejos habitantes de esta caleta tienen memoria.

¿Quiénes van a reparar los trajes de los danzantes? ¿Quiénes cocinarán para las agrupaciones religiosas que van a acompañarnos ese día? ¿Quiénes ornamentarán la playa en que se va a realizar la procesión?. Las comisiones se van conformando rápidamente.

Aún falta una comisión, pero no se detienen a discutir acerca de los designados para integrarla. Es necesario hacerse al mar y obtener los pescados suficientes para alimentar a la multitud que arribará a la caleta en un par de semanas. La festividad es famosa en la zona y para conservar ese honor es preciso ocuparse de cada detalle.

-Yo propongo al “Pito” y al “Naldo”- se escuchó desde el fondo- ellos han ido a la pesca en los últimos años y nunca nos han fallado. La voz grave, como todas, no pudo ser identificada, aunque todo indica que pertenece a uno de los hermanos Manzo, familia conocida tanto por su antigüedad en la caleta como por sus numerosos integrantes.

Efectivamente, el “Naldo” y “el Pito” son considerados los mejores pescadores de la zona y, además de ser hermanos, ambos integran, desde niños, la hermandad danzante de chinos.

Dietrimag

El “Naldo” es el espectacular arquero del equipo de fútbol local y el “Pito”, alegre y querendón, es reconocido como un hombre responsable y trabajador, sobre todo desde que, siendo apenas un adolescente asumió, como el mayor de los hijos varones, el deber de velar por su madre y sus hermanos menores, entre los que se contaba el “Naldo”. Su padre, fallecido hace algunos años, no fue pescador, como todos los hombres de la caleta. Su pasión y medio de subsistencia eran las carreras a la chilena. Todavía se comenta, en la zona, que el polvo que levantan los caballos lanzados en velocidad, es aspirado por los jinetes carentes de toda protección, y que los largos años que don Onofre, que así se llamaba el padre, se dedicó a esa actividad, le llevó finalmente a la muerte, según dijeron los médicos cuando fue llevado al hospital del que nunca regresó.

Todos están de acuerdo con la propuesta de que los hermanos sean los designados para hacerse a la mar y capturar los pescados necesarios. Sin más temas que tratar, “Juan Treinta y Siete” da por finalizada la reunión.

Lentamente, los asistentes abandonan el recinto que deja de ser la sede, motivo de orgullo para los pescadores y sus familias, para retornar a su realidad de viejo galpón desvencijado.

Son dos semanas que transcurren frenéticas. A las labores cotidianas de los habitantes de la caleta se suman todas aquellas comprometidas para el éxito la celebración. Durante esos días, elaborar adornos, remendar los trajes de los danzantes, revisar las flautas y tambores, limpiar la playa y retocar los colores de la estatua de San Pedro son tan esenciales para la vida de cada habitante del poblado, como tejer redes, desenredar espineles, alistar las carnadas, preparar alimentos para la familia o zarpar en cada madrugada en busca del sustento, como lo hiciera el propio patrono hace dos mil años, según lo enseñan, en sus versos improvisados, los cantores a lo divino, conocidos como alférez, que acompañan a las cofradías danzantes.

El tiempo pasa demasiado rápido, más de lo que hubiese deseado “Juan Treinta y Siete” y los habitantes de la caleta. El día de la fiesta se acerca y aún falta mucho por hacer, cada hombre, mujer y niño se esmera en cumplir de la mejor manera posible la tarea comprometida.

En la madrugada del sábado 28 de junio, el “Naldo” y “El Pito” se dirigen a la playa. Ha llegado el momento de cumplir su compromiso de asegurar la provisión de pescados para alimentar a las hermandades danzantes que llegarán el día siguiente, deseosos de honrar a San Pedro y de consumir aquel fruto del mar que tanto les agrada, especialmente a aquellas cofradías que provienen de zonas rurales.

El bote zarpa antes del amanecer llevando a bordo a dos tripulantes y las esperanzas de todos los que se quedan en la caleta. El éxito de la fiesta está encomendada a su habilidad en la pesca.

La llamada “Punta del Fraile”, saliente rocosa ubicada en la cercana caleta de Horcón se ve claramente, no hay atisbos de la nubosidad matinal tan frecuente en ese lugar. La nitidez con la que se divisa el roquerío es un mal presagio, pues, todos los pescadores aprenden desde niños, que la claridad de la vista de la “Punta del Fraile” presagia fuertes vientos del sur, conocidos como “surazo”, tan peligrosos en el mar que cuando eso ocurre, no zarpan los botes.

-¿Qué hacemos, “Naldo?” Va a salir el “surazo” y el mejor lugar para pescar es frente a los farellones de Quintero, solamente ahí podremos capturar suficientes pescados para la fiesta. Es un roquerío muy peligroso con viento sur.

La voz del “Pito” suena preocupada, pero, en ningún caso temerosa. No es primera vez que se enfrentan a aquellos fuertes vientos y, por lo mismo, saben que no pueden tomarlo a la ligera.

-Ya estamos en ésta, hermano, y estamos comprometidos. No podemos fallarle al santo- responde el “Naldo” mientras maneja diestramente los remos que impulsan el bote.

Después de remar por varias horas el farellón de Quintero ya está a la vista y, tal como lo advirtiera el “Pito”, el viento sur arrecia, especialmente en ese lugar, tan rico en pesca como peligroso para aquellos trabajadores del mar, devotos de su santo patrono.

Mira, “Pito”- exclamó alarmado el hermano menor- *el viento empuja el bote hacia esa mancha de huiros, si entramos en ella no podremos utilizar los remos y el surazo nos estrellará contra el farellón.*

El “Pito”, más experimentado, coge los remos y trata de desviar el curso del bote para alejarlo de aquella densa conformación de algas, que se tornan peligrosas y mortales en aquellas condiciones de viento inclemente, pero ya están en medio de los huiros y resulta casi imposible remar para sacar el bote de allí.

Los hermanos claman porque amaine el viento, por salir de aquella trampa tendida por ese mar al que siempre consideraron el padre proveedor, el equivalente de la madre tierra para los campesinos. Los pensamientos se agolpan en sus cabezas: su madre viuda remendando trajes de danzantes, los espera con el almuerzo preparado; Isaías Manzo, que los propuso por ser los mejores pescadores de la zona, los espera para ayudar a preparar el preciado alimento con que agasajarán a las hermandades danzantes ; “Juan Treinta y Siete” atento a que cada comisión cumpla con la tarea comprometida, y todos los hombres, mujeres y niños de la caleta trabajando frenéticamente impulsados por la devoción a San Pedro y el orgullo de ser los anfitriones de la mejor festividad en honor al santo. Los hermanos saben que su deber es pescar, no pueden fallar a su promesa al patrono y a su compromiso con quienes confiaron en ellos en aquella reunión celebrada en la sede social de la caleta, hace dos semanas. Ahora les parece que hubiese ocurrido hace años.

-Virgen Santa del Carmelo, sácanos de aquí- clamó el “Pito” con voz fuerte y ronca.

- San Pedro bendito,santo patrono de los pescadores,calma este viento.. es tu fiesta...tu fiesta, tiene que ser la mejor-gritó el “Naldo”con voz no menos grave.

La devoción mostrada por los hermanos debía ser suficiente para sacarlos de esa situación desesperada.Eso lo aprendieron en de las prédicas del sacerdote que concurría al viejo galpón,una vez al mes, para celebrar la misa.

Los huiros se hacen más densos y el viento, que arrecia, acerca cada vez más el bote al farellón.El surazo, el roquerío, los pescados, la fiesta, el santo, la madre que espera, “ Juan Treinta y Siete” , los hermanos Manzo, pensamientos que se presentan sin ser llamados... el viento sur sigue aumentando.

Lejos,en la caleta, “Juan Treinta y Siete” observa el horizonte, le preocupa el surazo, pero sabe que el “Pito” y el “Naldo” son los mejores.Después de todo, esta fiesta es la más famosa y envidia de las caletas vecinas, nada puede salir mal.

-Los hermanos han tardado, pero no pueden fallarle al santo- exclamó con voz ronca- y,dando media vuelta, encaminó sus pasos, lentamente, al viejo galpón para continuar vigilando el trabajo de las comisiones.

Isaías Manzo, no abandonó la playa. Dirigía sin cesar su vista hacia el horizonte,talvez, esperando un imposible.Pero no hay imposibles al momento de honrar a San Pedro.

A lo lejos solo mar y cielo,hasta que un pequeño punto en la lejanía marina se transforma en el perfil inconfundible de un bote que se acerca a la playa, la lentitud de su desplazamiento es señal inequívoca del peso que carga.

-¡Allá vienen!- gritó con su voz ronca-*¡El bote regresa!*

“Juan Treinta y Siete” regresa a la playa sin emitir palabra alguna, por esta vez no se escuchó su voz ronca. No era necesario, pues, siempre supo que el “ Pito” y el “Naldo” cumplirían. La Caleta no le podía fallar a su santo patrono.